

Paris Yolanda

Los besos
más dulces
son la mejor
medicina

*Los besos más dulces
son la mejor medicina*

Paris Yolanda

Esencia/Planeta

© Paris Yolanda, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Kasikynet / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: mayo de 2019
ISBN: 978-84-08-20899-0
Depósito legal: B. 8.945-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



—¡Despierta, dormilona, que hoy es tu cumpleaños! —gritaron las tres amigas saltando encima de Yolanda, que dormía tan ricamente en su cama.

—Pero ¿qué hacéis, locas?, que me va a dar un yuyu y aún no he cumplido los veinticuatro, que nací a las cinco de la tarde —dijo tirando su almohada a la cabeza de Mar riendo, aunque con cara de sueño.

—Madre mía, lo que acabas de hacer; has sacado la bestia que llevo dentro. Toma, Raquel, toda tuya. —Y le lanzó la almohada a otra de las chicas que había en la habitación.

—Guerra de almohadas, venga —propuso chillando Juani mientras cogía un cojín rosa y lo lanzaba por los aires.

En menos de cinco minutos se había liado la de San Quintín: los cojines volaban, las sábanas estaban arrugadas por el suelo, las chicas saltaban encima de la cama y se daban almohadazos, riendo y chillando como descosidas... en fin, toda una locura.

—Pero ¿se puede saber qué es todo este alboroto? —dijo Ana abriendo la puerta de par en par. De pronto y sin ver de dónde procedía, un oso de peluche llegó hasta ella y le dio en toda la cara.

—Uy, perdón —se excusó Mar con cara de pilla y sin poder aguantarse la risa.

—La madre que os parió a todas juntas, que vamos a llegar tarde —soltó riendo—. Venga, Yolanda, a la ducha y a vestirte. Las demás, a recoger todo este lío que habéis montado a la voz de ya.

—Cómo se nota que estás casada con un policía —intervino Raquel—, ¡qué manera de dar órdenes!

Ana, Juani y Raquel eran tres amigas de Guadalajara. Las dos primeras llegaron a Barcelona por cuestiones de trabajo de sus respectivos maridos, y Raquel, periodista, fue enviada a la Ciudad Condal para hacer las prácticas. Mar era la mejor amiga de Yolanda.

Se conocieron por casualidad y desde entonces se hicieron inseparables. Entre todas le habían preparado un viaje sorpresa a Yolanda para celebrar su cumpleaños.

Ana era pelirroja, alta, delgada, con unos ojos azules preciosos y de carácter muy abierto. Estaba casada con Javier, un policía de élite del Grupo de Acción Rápida (GAR), destinado en Barcelona para dar apoyo al Grupo Especial de Intervención (GEI) durante unos meses. Formaban una bonita pareja; llevaban tres años casados y no tenían hijos de momento, lo que les permitía disfrutar de la vida sin ataduras. A veces a Ana se le pasaba por la cabeza lo de ser madre, pero tampoco le preocupaba demasiado; si venían, pues serían bien recibidos.

—Venga, chicas, ahora que Yolanda está en la ducha, vamos a bajar su maleta al coche —propuso Juani—. Vamos rapidito, que no se tiene que dar cuenta de nada, pues ella piensa que nos quedamos aquí en Barcelona. Estoy deseando ver su cara cuando se vea en el aeropuerto.

Juani, morena de pelo corto, ojos marrones y bonita figura, estaba casada desde hacía un año con Marcos, que estaba en el mismo equipo que Javier, sólo que en el grupo de planificación y coordinación de los GAR.

—Mar, ¿lo has metido todo en la maleta? Que no se te olviden sus zapatos de taconazo ni sus Converse rosas, su maquillaje y todo eso... sin lo que Doña Piji no puede vivir —dijo Raquel riendo.

Mar y Raquel estaban solteras, aunque esta última bebía los vientos por Óscar, amigo y compañero de Javier y Marcos. No había nada serio entre ellos, pero se habían enrollado alguna que otra

vez. Él no estaba por la labor de tener nada formal, ya que cada día tenía a una diferente en su cama.

—Sí, sí, todo está en la maleta. Toma, Ana, bájala al coche. ¡Anda, pero si ahora las órdenes las doy yo! —expresó Mar riendo a la vez que le daba el equipaje—. ¿Dónde está su pasaporte? —preguntó, al tiempo que abría uno de los cajones de la mesilla de noche.

—No lo sé, no lo sé —contestó Juani—, y tiene que estar a punto de salir de la ducha.

—No me pongas más nerviosa de lo que ya estoy y busca por otro lado.

—Mar, Mar, ¡¡¡Maaaaarrrrrrrrrrrrrr!!!, te has olvidado de meter en la maleta las Conveeeersee —señaló Raquel toda nerviosa.

—Veamos —dijo Mar muy seria—: Las he dejado fuera por si se las quiere poner ahora mismo; si no es así, cuando salgamos, me quedo la última, las meto en mi bolso y punto. Sigamos buscando lo que sí es importante, porque sin el pasaporte no salimos del país y se nos joroba el plan, así que manos a la obra: busca por allí; tú, Juani, por esos otros cajones, y yo sigo mirando aquí.

Mar era una chica guapísima, bajita, con el pelo por los hombros, castaña de ojos marrones, y junto con Yolanda eran dos terremotos; las dos eran unas apasionadas del fútbol, entre otras muchas cosas. Mar trabajaba de administrativa en una empresa y, al igual que Yolanda, no tenía novio, ni a nadie en mente.

—¡Guapas, ya casi estoy! ¿Adónde vamos? —gritó Yolanda desde el baño mientras se acababa de secar su melena rubia.

—¡Es una sorpresa! —contestaron las chicas, tratando de disimular los nervios por no haber encontrado todavía el pasaporte—. Sólo podemos decirte que lo vamos a pasar en grande y te va a encantar.

—¡¡¡¡¡Aquí estáááááá!!!! —anunció Mar sacando el pasaporte de uno de los cajones, al tiempo que hacía su aparición Yolanda. Con un gesto rápido, cerró el cajón, aunque con tan mala suerte que se pilló un dedo, pero no podía decir nada o su amiga se daría cuenta de que estaba ocultando algo a sus espaldas; con la cara des-

compuesta por el dolor, intentó hacerle señas a Raquel para que se llevara a la cumpleañera y así poder sacar el dedo, pero ella estaba en Babia porque había recibido un wasap de Óscar y sólo tenía ojos para su móvil. Así que, con todo el disimulo del que fue capaz, consiguió extraer su dedo y guardarse el pasaporte en el bolsillo trasero del pantalón.

—Mar, ¿qué te pasa? ¿Qué tienes en las manos? ¿Qué escondes? —preguntó Yolanda.

—¿Es a mí? No me pasa nada ni escondo nada tampoco. Nena, la edad te hace ver cosas que no son; yo que tú me lo miraba con el médico.

—¿Queréis bajar de una vez? —se oyó desde abajo; era Ana, que ya estaba algo impaciente porque no quería perder el vuelo.

—Sí, sí, ya vamos; me pongo mis Converse, cojo mi bolso y ¡listo! Chicas, ¿voy bien así? Es que, como no sé adónde me lleváis, no tengo ni idea de si estoy bien, regular o mal para la ocasión.

Yolanda era la típica niña de papá que lo tenía todo; su familia estaba forrada. Vivía en una increíble casa en la zona alta de Barcelona, y su padre ejercía de cirujano plástico en una de las mejores clínicas privadas, perteneciente al abuelo paterno. La madre era abogada y dirigía su propio bufete. A pesar de tener todo lo que quería y de ser el ojito derecho de su padre por ser la única hija del matrimonio Bassol-Rovira, ella no era una chica repelente, ni creída, ni nada por el estilo; todo lo contrario, era muy sencilla, cariñosa y dulce. Tenía el pelo largo y rubio, y unos ojos verdes muy grandes que ella resaltaba más con el maquillaje. Su tono de piel era clarito, tanto que muchas veces la confundían por extranjera y se dirigían a ella en inglés, pensando que era norteamericana, cosa que le hacía gracia y por eso les seguía el juego contestándoles en el mismo idioma, ya que lo hablaba a la perfección.

No era muy alta, pero tampoco demasiado bajita; con su metro sesenta, si se le añadían tacones, quedaba en una altura bastante buena. Aunque tenía zapatos y ropa para aburrir, a ella le gustaba mucho ir con vaqueros y con sus inseparables Converse rosas, co-

lor que adoraba... y justamente eso fue lo que eligió para vestirse ese día: tejanos desgastados rotos por las rodillas que se ajustaban a su cuerpo, una camiseta de tirantes básica rosa y sus Converse; terminó su *look* con una cazadora tejana, con botones y adornos del mismo color que la camiseta.

—Vas asquerosamente guapa, como siempre —le comentaron sus amigas mientras la empujaban para salir de la habitación.

—No perdamos más tiempo, que al final llegaremos tarde; arreando que es gerundio —dijo Juani.

—Chicas, me estáis poniendo nerviosa con tanto secretismo. ¿Me podéis decir de una vez adónde vamos?

—No sólo no te lo vamos a decir, sino que encima te vamos a tapar los ojos para que no puedas reconocer el camino —intervino Ana sacando un pañuelo de su bolso—, pero, no te preocupes, es rosa y te quedará a juego —remató con una enorme sonrisa en la cara.

—Gracias por el detalle —respondió Yolanda, sonriendo también—. Antes de ponerme el pañuelo en los ojos, vamos a hacernos un *selfie* para el recuerdo: venga, venid aquí a mi lado y decid *cheeeese*.

Se hicieron varios autorretratos... con la lengua fuera, con morritos de pato, riendo, haciendo muecas, cabeza abajo, de lado; todo un *book* que luego subirían a las redes sociales.

—Bueno, ahora sí que te vamos a tapar los ojos; tú sólo déjate llevar por nosotras, que ya sabes que siempre lo hacemos por el buen camino —dijo Raquel con cara de guasa.

—Miedo me dais, que tenéis más peligro que una piraña en un bidé.

Entre charlas, risas y bromas, llegaron al aeropuerto; ayudaron a Yolanda a bajar del vehículo con cuidado de que no se tropezara y cayera, y la hicieron entrar en el edificio. Se encaminaron al mostrador de la aerolínea.

—¡¡¡¡¡Tachááááánnnn!!!!!! ¡¡¡¡¡Felicidadessssssss!!!!!!! —gritaron todas al unísono quitándole el pañuelo de los ojos.

—Ahora mismo debo de tener la cara igual que el emoticono

ese que se usa en Facebook con la boca abierta y los ojos saltones, ¿verdad? —dijo Yolanda—. ¿Adónde vamos?

Todas rieron por la ocurrencia del emoticono y Raquel, emocionada, respondió:

—Nos vamos a... ¡Los Ángeles!

—¿En serio? No me lo puedo creer, a los ¡States! —chilló Yolanda, dando saltitos—. Uauuu, madre mía, esto sí que es una sorpresa; gracias, chicas. ¿Os he dicho cuánto os quiero?, ¿y que sois las mejores amigas del mundo? —añadió abrazándolas con lágrimas de emoción en los ojos.

—No lo has dicho, pero ya lo sabemos —soltó Raquel arrancándoles unas sonoras carcajadas a todas.

—Venga, vamos a facturar, que cuando me suba al avión empezará la fiesta. Le voy a dar un cedé de Ricky Martin a la azafata para que lo ponga y bailemos todos los pasajeros. ¿Os acordáis de la canción de la boquita y la manzana? ¡Pues ésa! —comentó Mar al tiempo que hacía unos pasitos de baile dirigiéndose al mostrador.

—Un momento, chicas —Yolanda se paró en seco—: Mi maleta, ¿quién la ha hecho?, ¿habéis metido todas las cosas que necesito?, ¿mis zapatos?, ¿mucho ropa? Uffff, tengo que abrirla y revisar.

—Sí, hombre; ni de coña vas a abrir la maleta ahora y aquí en medio. Está todo dentro, la hemos hecho entre todas y con la ayuda de tu madre, así que tranquila, todo está correcto, no te preocupes por nada, sólo diviértete —aclaró Ana.

—Lo vamos a pasar genial, va a ser un viaje para recordar toda la vida —intervino Juani al tiempo que se abrazaban felices; empezaban una nueva aventura juntas.

Una vez facturado el equipaje y tras recoger las tarjetas de embarque, las cinco amigas se encaminaron contentas a pasar el control y, posteriormente, a buscar la puerta por donde debían embarcar... que, como solía pasar, era la que estaba casi al final del aeropuerto.

Durante las catorce horas que duró el trayecto Barcelona - Los Ángeles, las chicas hicieron todo lo que se podía hacer dentro del

avión: leer, hacerse *selfies*, ver películas, volver a hacerse más *selfies*, reír, contarse chistes, más *selfies*, aburrirse, unos cuantos *selfies* más...

Las últimas horas fueron las más pesadas; todas estaban deseando aterrizar y no hacían otra cosa que mirar la pantallita donde se veía el recorrido que estaba realizando el avión... y parecía que no avanzaba, hacía ya más de una hora que veían Los Ángeles en el mapa, pero no acababan de llegar.

—Madre mía, no veo el momento de salir de aquí, tengo el trasero cuadrado de estar tanto tiempo sentada —dijo Mar—, y encima no me han puesto a Ricky Martin.

—Cuando anuncien que vamos a aterrizar, voy a hacer un pedazo de ola que hasta el avión se va a tambalear, como si hubiera turbulencias —añadió Ana mirando a las demás.

—Una ola, no, mejor un tsunami —agregó Raquel.

—Como este pajarraco se mueva por vuestra culpa, no viviréis para contarlo, así que vosotras mismas —respondió Yolanda riéndose.

A pesar de las horas allí metidas, el viaje fue tranquilo; hubo pocas turbulencias, cosa que todas agradecieron, especialmente Yolanda, que tenía miedo a volar, pero era tanto lo que le gustaba viajar que siempre se tragaba todo su pánico y subía a los aviones. Lo que temía más era el despegue: se agarraba al asiento con tanta fuerza que parecía que lo iba a arrancar; luego, una vez arriba, ya se tranquilizaba.

Cuando el piloto pidió que se abrocharan los cinturones puesto que iban a tomar tierra en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles (conocido simplemente como LAX por los californianos), los nervios hicieron mella en ellas... y es que tenían por delante diez días para disfrutar de los actores, el lujo de Rodeo Drive, Santa Mónica y todo lo que la ciudad les ofrecía.

Después de esperar unas enormes colas para pasar los rigurosos controles de Inmigración, donde les preguntaron hasta lo que habían comido en el avión, fueron a buscar sus respectivas maletas.

Tuvieron que esperar en la cinta de equipajes unos minutos más y por fin pudieron recoger sus pertenencias y salir a la calle, donde

les aguardaba una hermosa limusina blanca que las tenía que llevar al lujoso hotel Beverly Wilshire que habían reservado para su estancia allí.

—Chicas, con limusina y todo —dijo Yolanda.

—Sabíamos que te hacía mucha ilusión, así que aquí la tienes, para que la disfrutes; mejor dicho, la disfrutemos —respondió Juani.

Durante el trayecto, fueron bebiendo *champagne* y sacando medio cuerpo por el orificio del techo, algo muy común, pues hacía un día muy agradable del mes de julio y estaban disfrutando de las hermosas vistas.

¡Tenían Los Ángeles a sus pies!

¿Qué más se podía pedir?

Al llegar a Wilshire Boulevard, se bajaron de la limusina y la sorpresa de Yolanda fue mayúscula al ver el hotel que habían elegido sus amigas para su estancia en la ciudad de las palmeras y el glamur.

—¡Uauu, no me lo puedo creer, pero si es el hotel de *Pretty Woman!*, y está justamente enfrente de Rodeo Drive. Vosotras sabéis elegir un buen sitio, sí, señor; estoy deseando ir de *shopping*, así que vamos a dejar todas las cosas y salgamos a pasear.

—Que tiemblen las tiendas, que llega Doña Piji a comprar —dijo Raquel riendo.

Todas soltaron una carcajada y se encaminaron hacia el interior del hotel, no sin antes hacerse unas cuantas fotos en su mítica puerta, donde se rodó la película.

Al entrar en el establecimiento, quedaron maravilladas. El *hall* blanco era enorme; tenía cuatro columnas en el centro del salón, donde se encontraba una mesa marrón repleta de flores blancas; del techo colgaba una enorme lámpara; al fondo, los sillones también blancos daban sensación de paz. A un lado, la recepción con armarios marrones empotrados en la pared y un mostrador formidable, lleno de ordenadores y flores a los lados. Todo le recordaba a la película, le pareció que estaban dentro de un decorado.

Una vez hecho el *check-in*, un botones les subió el equipaje a sus

respectivas habitaciones. Ana y Juani ocuparían una habitación doble y las tres solteras, juntas, una triple.

Las habitaciones estaban situadas en la planta superior; eran amplias, limpias y decoradas con gusto. Las camas, enormes; las vistas desde el balcón, impresionantes, pues se podía contemplar la ciudad de Los Ángeles en todo su esplendor.

El baño era todo de mármol, con los albornoces cuidadosamente colocados cerca de la gigantesca bañera con grifos dorados. Al verlo, Yolanda se acordó de la escena del filme en la que Julia Roberts está metida en la bañera con el *walkman* y cantando.

Sonrió y pensó que esa noche ella también haría lo mismo para relajarse después del viaje y del día que les esperaba, porque en ese momento no tenía tiempo de nada, sólo de soltar todo lo que no iba a necesitar y salir a explorar la ciudad e ir de compras, una de las cosas que más le chiflaban. Hizo unas cuantas fotos, pues siempre le gustaba sacar algunas en todos los hoteles en los que se hospedaba, de cada parte de la habitación, incluido el baño.

Salieron y bajaron al *hall*, donde investigaron un poco más todos los rincones del fantástico hotel: los bares, las terrazas, el jacuzzi, la preciosa piscina con una fuente al fondo que se encontraba rodeada de tumbonas, parasoles, mesas de madera, sillas a juego y sillones de aspecto *chill out* que conformaban un entorno mágico y espectacular.

Todas quedaron todavía más maravilladas, si eso era posible.

A pesar del cansancio, no dudaron en salir a la calle a disfrutar de sus primeras horas en la ciudad.

Yolanda aprovechó para sacar algunas fotos de los alrededores, mientras las demás empezaban a caminar y a alejarse un poco.

«¡Estoy en Los Ángeles! —pensó—. ¡La ciudad del glamour y de los famosos! ¡Qué bonita es!»

El clima era estupendo, y estar allí, su sueño; siempre había querido vivir en Estados Unidos, por eso estudió en Boston, pero volvió para estar con su familia; en aquella época era muy joven y no quería vivir sola.

Siempre que podía, iba de vacaciones para disfrutar de ese magnífico país. Había viajado por Nueva York, Virginia, Carolina del Norte y del Sur, Florida, donde había ido al parque de Disney, Washington DC, Filadelfia..., pero aún le quedaba mucho por conocer de su país favorito.

Ahora se encontraba allí y lo iba a gozar al máximo junto con sus amigas; pensaba pasar unos días inolvidables junto a ellas.